

Última Parada

Hasta que me hube jubilado, no entendí realmente en qué había trabajado toda mi vida. Cincuenta años atrás en esta misma ciudad, comencé un trayecto que, si bien me aprendí de memoria, hasta el último naranjo y señal de tráfico que lo cruzaban, ni un sólo día fue el mismo. Al principio me calé la gorra y, con gesto hurao, no quise saber de quienes irrumpían en mi camino, “eran sólo mercancía”.

Pasado el primer año, sin embargo, algo sucedió dentro de mí, la carcasa se fue quebrando sin darme cuenta. En mi rutina diaria me cruzaba con los rostros de costumbre, que amenizaban el trayecto con algún chascarrillo, también con caras conocidas que me saludaban, gestos ambles, o compañeros fuera de turno, con los que había trabado amistad. Y luego estaban los desconocidos, semblantes anónimos que pagaban por acompañarme. Descubrí que lo que consideraba un engorro, en realidad coloreaba mi oficina ambulante. Tras el cristal, Sevilla se veía cada vez más nítida, por fuera y por dentro.

Al arrancar les sentía detrás, escuchaba decenas de voces: murmullos, chistes, confidencias, silencios... Entre mis manos, el tintineo de las monedas que cambiaron de pesetas a euros, la venida del bono bus, bajadas y subidas por las marquesinas de mi recorrido... La ciudad cambiaba, las modas, las calles, los anuncios... y también yo. Aprendí a frenar, no sólo en las paradas, sino en los prejuicios sobre los viajeros que traspasaban el umbral, y a acelerar, al confiar en la generosidad de mis huéspedes, pues muchos fueron

los billetes que vi pagar a gente no pudiente por parte de los otros viajeros. En fin, que tras cincuenta años por fin entendí que mi verdadero trabajo era conectar vidas, transportar felicidad, momentos que quedaron en mi memoria como instantáneas incorpóreas.

Ahora, como cada domingo, me gusta llevar a mi nieta al centro, en el 32, y disfruto al verla saludar a algún colega de los nuevos. Y de sentarme con ella mientras su mirada se pierde, más allá del cristal, danzando entre las bicis de colores que avanzan junto a nuestro titán. Las mismas ruedas y la misma ciudad, hacia la última parada, aunque ahora voy atrás y formo parte de ese precioso cargamento.

*GATA NEGRA